

*Los GRANDES FOTÓGRAFOS del SIGLO XX, desde CECIL BEATON hasta IRVING PENN, CAYERON RENDIDOS al EMBRUJO de sus OJOS VERDES. Su GRAN AMIGO, YVES SAINT LAURENT le LLAMABA la CHICA de los 70 porque no HABÍA PORTADA que se le RESISTIERA. APRENDIÓ a BAILAR con GENE KELLY, MANTUVO un PULSO con DALÍ, FUE MUSA de VISCONTI y KUBRICK, se CASÓ VESTIDA de VALENTINO y WARHOL FUE el PRIVILEGIADO FOTÓGRAFO de su BODA. HOY, **MARISA BERENSON** nos RECIBE en EXCLUSIVA en su CASA de MARRAKECH.*

—Vis Molina. Fotos: Pablo Zamora. Realiza: Gabriela Bilbao.



Villa Happy

Marisa Berenson en su casa de Marrakech, con abrigo de Etro, sobre sofá de diseño propio tapizado en animal print. El resto de ropa, joyas y complementos son de su colección particular. Al fondo, litografía de Venecia sobre pared adamascada.



“Salvador Dalí se instaló en una suite del Saint Regis con seis cachorros de ocelote. Los llevaba a pasear por Central Park. Un día fui con mi abuela a desayunar con él y se empeñó en regalarme dos. Ella puso orden, pero él era adorable”



Mi paraíso

Rincón de su dormitorio con paredes aguamarina, profusión de imágenes religiosas sobre la chimenea y biombo de un anticuario de Marrakech. A la izda., uno de los muchos porches de la casa con sofá de terciopelo color siena flanqueado por dos tibores adquiridos en un viaje a Asia. Frente al sofá, orquídea blanca, su flor favorita.



Es 6 de julio y esto es Marrakech. Ni los pájaros cantan, asfixiados por los 45 grados que marca el termómetro a las 8.30 de la mañana. Nos adentramos por un camino enrevesado, siguiendo las instrucciones para llegar hasta el refugio secreto en una zona residencial de

Marrakech de la que fue la maniquí mejor pagada del mundo en los años 70 y 80. Una puerta verde aparece al doblar un recodo, flanqueada por buganvillas, jazmines, adelfas e hibiscus. Cruzamos un jardín fresco y perfumado y un sendero de piedras nos lleva hasta un pabellón de invitados, de inspiración marroquí. A nuestra izquierda, una piscina interior, acristalada, en la que vislumbramos unos brazos que cruzan el agua yendo y viniendo, sistemáticamente, con buen ritmo. Una persona del servicio nos acomoda en el pequeño salón de esta casita de ensueño, cuya chimenea está decorada con profusión de fotografías familiares.

Un rato después una figura esbelta aparece entre las palmeras. Recién salida de la piscina, este icono de la moda que protagonizó portadas de revistas y semanarios se muestra con la cara lavada, la melena empapada cubriéndole la espalda, los pies desnudos y un sencillito albornoz blanco como única indumentaria. Nos saluda con cortesía y, haciendo gala de ser una magnífica anfitriona, nos apremia a ponernos cómodos. Aparecen bandejas con jarras de agua fresca con rodajas de limón, té a la menta en vasitos marroquíes y frutas recién cortadas. Entiendo por qué las cámaras de los mejores fotógrafos se han enamorado de Marisa Berenson y es que, a pesar de la sencillez de su puesta en escena, llena el espacio de manera absoluta y sus ojos verdes, inmensos y acuosos como la piscina en la que hace su rutina de ejercicios diarios, resultan extrañamente magnéticos. Nos muestra la casa principal, el extenso jardín con huerto y gallinero y la piscina exterior. Hay varios porches y distintos salones elegantísimos, de cuyo interiorismo se ha ocupado personalmente. Nos cuenta que se enamoró de este terreno cuando lo vio, hace seis años. Lo compró, tiró abajo la edificación existente y empezó dos largos años de obras y acondiciona-

miento de este maravilloso jardín lleno flores y palmeras. “El interiorismo es mi vocación frustrada (me cuenta). He disfrutado mucho con las obras de esta casa y me encuentro muy a gusto en ella. Es mi trozo de paraíso en la tierra”. Y eso se nota, me digo, porque en *Villa Happy* se respira una felicidad serena y plácida.

Usted es neoyorquina de nacimiento pero está educada a la europea.

Sí, a los dos años llegué a Europa por primera vez porque mis padres vivían entre Manhattan, París y Klosters (Suiza), y viajaban sin parar debido al trabajo de mi padre, que era presidente de la naviera de Aristóteles

Onassis. Durante los periodos escolares mi hermana y yo estábamos internadas en Suiza, Florencia y Reino Unido. En esa época, en mi entorno, la educación europea tenía mucho prestigio porque era exigente y muy estricta. Lo importante era el autocontrol, los modales, la disciplina, el orden, las apariencias y los idiomas, hablo fluidamente alemán e italiano, y soy bilingüe en francés e inglés. Con la perspectiva de la edad me he dado cuenta de que la autodisciplina y el orden que aprendí de niña me han sido muy útiles en mi vida, me han estructurado la personalidad. Con mi hija Starlite Melodie, nacida de mi matrimonio con James Randall, he seguido una educación diferente. Nació en 1977 y nunca ha estado interna en periodos largos, porque pienso que es mejor que los hijos vivan en un ambiente familiar. Pero tampoco he seguido esas

corrientes pedagógicas basadas en que los niños sean los reyes de la familia. Creo que han de crecer en un entorno seguro, con mucho cariño pero sin caprichos. Hay que inculcarles valores como el esfuerzo, la solidaridad, la disciplina, la espiritualidad, el respeto por los demás y el cuidado de nuestro planeta. Mi hija vivió en casa hasta que se fue a California a estudiar en la universidad. Hoy trabaja como psicóloga infantil y es madre de Luna, una niña de cuatro años a la que adoro.

Su familia es muy cosmopolita.

Mi abuela materna, Elsa Schiaparelli, nació en Roma en una familia aristocrática y muy culta, y se casó con el conde Wilhelm Wendt de Kerlor. Se fueron a vivir a Nueva York y tuvieron a mi madre, Maria Luisa Yvonne,



Marisa en su vestidor con su colección de peluches en brazos. Al fondo, retrato suyo realizado por Robert Mapplethorpe, “un maestro en conseguir un clima de intimidad con el personaje”, asegura.

*“Conocí a Luchino Visconti gracias a Helmut Berger,
con el que yo vivía un romance. Helmut me llevó a su casa en Ischia.
En cuanto me vio, me propuso el papel de la madre de Tadzio,
el adolescente de Muerte en Venecia”*



La piscina exterior de Villa Happy. “Cada día nado durante una hora en la piscina, normalmente por la tarde. Y a continuación hago una rutina de ejercicios en el agua. Es mi truco para no tener dolores de espalda”, explica Berenson.

“Entrar en Studio 54 era una aventura. Daba igual que fueras famoso o tuvieras mucho dinero, si no tenías estilo o ibas un poco extremado pero con clase, el portero no te dejaba pasar. Todos éramos jóvenes, guapos, con estilo, singulares. Ahora todo es banal. Los interioristas se imitan, sólo importa el dinero. Nadie se distingue”



Marisa con pantalón color zafiro, Giorgio Armani, combinado con kimono de seda heredado de su abuela, Elsa Schiaparelli, que lo adquirió en un viaje a Asia. Las joyas y babuchas son de su colección particular.



Detalle del almuerzo que nos ofreció Marisa, todo cocinado en su casa con las verduras y hortalizas del huerto. La mesa, en uno de los porches, está decorada con azulejos sevillanos y las fuentes y vasijas son de cerámica popular marroquí.

Rincón de uno de los salones, decorado por Marisa al estilo de su admirado Luchino Visconti. En la pared, litografía de Venecia y, tras el sofá, fotografías familiares muy presentes en todos los rincones de la casa que resulta muy cálida y acogedora.



“Mi hermana (viajaba en el primer avión que se estrelló contra las Torres Gemelas) está siempre junto a mí. Hablo mucho de ella, de los bellísimos recuerdos que tenemos juntas, de su luz, de su talento y del amor inmenso que nos profesamos. Todo lo demás es personal”

conocida como Gogo. Se separaron (mi abuelo tuvo un romance muy sonado con Isadora Duncan) y mi abuela se instaló en París, donde desarrolló su carrera de diseñadora y formó parte de los cenáculos de artistas dadaístas, cubistas y surrealistas. Era amiga de toda la bohemia artística. Mi padre, Robert Berenson, nació en Boston pero era de origen judío lituano y sobrino de Bernard Berenson, un reconocido crítico de arte especializado en Renacimiento italiano que pasó gran parte de su vida en Florencia. Mi padre fue muchos años presidente de las navieras Onassis y luego fue ministro plenipotenciario para el gobierno de John Kennedy. Viajaba muchísimo: Grecia, Libia, Trípoli... Mi hermana y yo íbamos en vacaciones donde estuvieran nuestros padres en esos momentos, y conocer tantas culturas nos abrió el espíritu.

A Elsa Schiaparelli, abuela materna de Marisa, le debemos entre otras cosas la invención de los desfiles planteados a modo de espectáculo, la creación de los *monos* femeninos y el diseño de la falda-pantalón en 1930 -un año después diseñó una para la tenista española Lili Alvarez que escandalizó a las gradas de Roland Garros y Wimbledon-, el uso del rayón y su mezcla con tejidos nobles, y la creación de terciopelos transparentes e impermeables. Además de sus colecciones, siempre creativas y sorprendentes, Schiaparelli realizó vestuarios para cine y teatro, y personalidades como Joan Crawford o la duquesa de Windsor eran clientas fieles de sus *ateliers* en la Rue de la Paix y la Place Vendôme. Influida por los movimientos futuristas italianos y los artistas cubistas y fauvistas parisinos, sus creaciones de marcado carácter surrealista -sombreros en forma de zapato o estampados representando langostas- marcaron un antes y un después en la historia de la moda y la convirtieron en rival de la mismísima Coco Chanel. En definitiva, sus diseños atrevidos y su uso irreverente del color -adoraba el fucsia, al que ella llamaba *shocking pink*- la convirtieron en una de las figuras clave de la historia de la moda.

Su abuela Elsa Schiaparelli, ¿tuvo que ver con que usted fuera modelo?

No de manera directa, ya que mi abuela era una persona muy enigmática que nunca hablaba de sí misma. Jamás nos contó nada de su pasado ni de su trabajo en moda, como si quisiera ocultarnos algo... Pero estaba muy presente en nuestras vidas. Siempre venía a pasar las Navidades con nosotros a Klosters. Y también pasaba largas temporadas en Nueva York. Se alojaba en el Hotel Saint Regis para ver a sus innumerables amigos, pero pasaba mucho tiempo en casa con nosotros. Vivía en París, en un maravilloso *hotel particulier* de la Rue de Berry. Cuando mi hermana y yo estábamos internas en

Francia pasábamos muchos fines de semana en su casa. Y cuando empecé a trabajar como modelo me instalé a vivir con ella en París. También recuerdo con mucho cariño las largas vacaciones de verano en Provenza o en Venecia junto a ella. Adoraba Venecia y la conocía muy bien: íbamos a la playa del Lido para tomar baños de mar. Era una mujer de gran personalidad. Le encantaba arreglarse y cada noche, aunque cenáramos en casa sólo la familia, sin invitados, se vestía y maquillaba con gran esmero. Tenía debilidad por los turbantes y los combinaba con gran estilo con ropa que aparentemente poco tenía que ver con ese complemento, pero que en ella resultaba muy elegante. Yo he heredado su pasión por los turbantes.

Aprender a bailar con Gene Kelly no es cualquier cosa...

Mis padres tenían un chalet en Klosters donde pasábamos uno o dos meses en invierno, coincidiendo con las Navidades. Y por allí pasaba el todo Hollywood: Dirck Bogard, Greta Garbo, Deborah Kerr, Stanley Donen... Mis padres eran muy sociales y recibían muchísimo, daban unas fiestas preciosas. El día de Navidad celebraban un gran baile por la noche. A mi madre le encantaba que mi hermana y yo saliéramos a saludar a sus invitados cuando llegaban, y nos pedía que cantáramos una canción o actuáramos. Yo odiaba esas situaciones porque era muy tímida, mientras que mi hermana se divertía mucho. Recuerdo que en una de estas fiestas mi madre me apremió a que bailara y yo me resistía, hasta que Gene Kelly me cogió en brazos y me hizo bailar con él. Fue muy entrañable. Mi madre era una gran anfitriona, tenía amigos en todos lados y sabía mezclar a la gente. En su casa de París daba unos almuerzos los domingos que se hicieron famosos, porque allí podías coincidir con políticos, cantantes, aristócratas... Era una mujer muy alegre y con un punto excéntrico que la hacía muy atractiva.

Llegó usted a ser una de las modelos mejor pagadas del mundo, en una época en que aún no proliferaba el fenómeno top model ¿Cómo empezó en la moda? ¿Quién la introdujo en ese mundo?

Cuando yo tenía 15 años a mi padre le detectaron una leucemia. Estuvo un año enfermo y una de sus últimas salidas fue para acompañarme a un baile en Nueva York. Allí coincidimos con Diana Vreeland que, al verme, me propuso hacerme una sesión de fotos para Vogue. A partir de ahí mi trabajo como maniquí fue cada vez más intenso. Empecé a ganar dinero desde muy joven y ya pude alquilarme mi primer apartamento en Nueva York.

Y, por culpa de Dalí, estuvo a punto de tener unos compañeros de piso muy peculiares.

Salvador Dalí era íntimo amigo de mi abuela Elsa y,

cuando venía a Nueva York, se alojaba en el Saint Regis, como ella. Recuerdo una Navidad que se instaló en una suite con seis ocelotes cachorros que lo destrozaban todo. Los llevaba a pasear por Central Park. Un día fui con mi abuela a desayunar con Dalí en el hotel, y él se empeñó en regalarme dos cachorros. Yo estaba horrorizada porque me acababa de independizar y me imaginaba mi apartamento con esos dos animales dentro, pero Dalí no paraba de insistir (y aquí Marisa imita a la perfección la voz de Dalí hablando inglés con acento español). Por fin mi abuela puso orden y dijo que de eso nada. Dalí era adorable. En esa poca me hizo unas fotos vestida de ángel en su estudio de Nueva York.

Pero su pasión era el cine y su sueño convertirse en actriz. De joven tenía decorada su habitación con posters de Audrey Hepburn y Marlene Dietrich, sus actrices favoritas.

La primera oportunidad me la dio Luchino Visconti, al que conocí gracias a Helmut Berger, con el que yo vivía un romance por entonces. Helmut me llevó a Ischia, donde Visconti pasaba las vacaciones en la Villa La Colombaia, su bonita propiedad de las afueras de Forio. Era una casa imponente, con unas vistas impresionantes sobre los pinares y el mar. Visconti me propuso el papel de Madame von Ashbasch, en *Muerte en Venecia*, sobre la novela de Thomas Mann. Trabajar con Visconti era apasionante. Su recreación de los interiores era exhaustiva. Durante el rodaje, Helmut y yo nos alojamos en la casa de Visconti, una villa magnífica en la Via Salaria con una decoración absolutamente viscontiniana. Parecía un decorado: salones y bibliotecas con las paredes tapizadas, alfombras magníficas y unos gruesos cortinajes en los balcones. Y él era adorable conmigo. Recuerdo que el primer día de rodaje hasta me dijo: “¡Te felicito! Has hecho una entrada a lo Sarah Bernhardt”, y me animó a continuar con mi carrera de actriz.

Y después llegaron grandes títulos, como *Cabaret* y *Barry Lindon*, siempre con directores de referencia

Mi segunda película fue *Cabaret*, con Bob Fosse. Recuerdo que yo estaba rodando con Visconti y Fosse me llamó para hacer unas pruebas en Londres, así es que tuve que dejar el rodaje un par de días y me hice con el

papel por el que fui nominada a los premios BAFTA y a los Globos de Oro. Fosse era muy estricto con los actores, sabía muy bien lo que quería de nosotros. Al poco de estrenar *Cabaret* recibí una llamada de Stanley Kubrick. Me pidió mi dirección para enviarme el libro de Tackeray, *La suerte de Barry Lindon*. Lo leí a fondo y, al cabo de seis meses, me volvió a llamar Kubrick para ofrecerme el papel de Lady Lindon. Tenía fama de ogro pero no lo era en absoluto. Lo recuerdo como un hombre muy cálido y divertido. Pero cuando empezaba a rodar, quería que todo resultara perfecto, era tremendamente exigente. Al empezar el rodaje, me instalaron en un castillo para que fuera entrando en el estado de

ánimo del personaje. Pasaba los días haciendo yoga y meditando muerta de frío, porque la humedad era terrible y había poca calefacción. Cuando faltaba poco para Navidad le pregunté a Kubrick si podía irme un par de días para ver a mi familia y me dijo que no, porque a lo mejor me necesitaba. Su perfeccionismo llegaba a extremos insospechados: rodábamos con luz natural para conseguir mayor autenticidad. El resultado era de una gran belleza, pero había que repetir cada toma muchas veces. Fiel a su reputación, Kubrick era muy reservado sobre el rodaje de la película. Cuando finalmente permitió que los ejecutivos de Warner Bros vieran 20 minutos del material, insistió en que antes pasaran cuatro días en un hotel para que estuvieran descansados y no tuvieran jet lag. Quería que vieran su película en las mejores condiciones.

También fue una de las reinas de las noches locas de Studio 54 en los 70.

Fueron unos años muy intensos, de gran libertad y de una explosiva creatividad. Éramos muy libres y todos los que nos dedicábamos a profesiones creativas nos conocíamos y coincidíamos, aunque viviéramos en continentes distintos. Diseñadores, artistas, actores, fotógrafos, interioristas, modelos... todos nos mezclábamos en Studio 54 cuando estábamos en Manhattan o en *Le Palace* o en *Le Sept* cuando estábamos en París, y todos éramos jóvenes, guapos, con estilo. Lo bonito de esa época era que cada uno quería singularizarse, lo peor era ser igual a los demás. Había más independencia que ahora que todo el mundo quiere vestirse y peinarse como los otros.



Marisa en el jardín junto a su casa pintada en el color terracota típico de Marrakech, con pantalón, chaqueta y babuchas de su colección particular. En la cabeza, casquete de terciopelo negro de Giorgio Armani y collar de coral rojo diseñado por ella.

Entrar en Studio 54 era una aventura. Daba igual que fueras famoso o tuvieras mucho dinero, si no tenías estilo o ibas un poco extremado pero con clase el portero no te dejaba pasar, así es que todos nos esforzábamos muchísimo en ese sentido. Andy Warhol era uno de los más asiduos. Observaba mucho y hablaba poco, era un hombre muy inteligente. En mi primera boda hizo de fotógrafo. Todos teníamos muchos sueños por cumplir y eran realizables. Ahora todo es muy banal, viajas y encuentras lo mismo en todos lados, los interioristas se imitan, trabajan todos igual. Sólo importa el dinero, nadie se distingue de los otros. La vida ahora es más difícil porque nos acechan muchos miedos: al terrorismo, la inseguridad, el covid, los políticos...

¿Cómo ha vivido el confinamiento por la pandemia?

Muy ocupada intelectualmente, y eso me ha ayudado mucho. He pasado los meses más estrictos de confinamiento aquí en Marrakech, sola en mi casa pero con mucha tranquilidad de espíritu porque he podido estar en contacto con la naturaleza y sabía que mi hija y mi nieta estaban bien de salud. He aprovechado para escribir mi libro *Marrakech Flair* (Assouline), hacer ejercicio (nado diariamente durante una hora y luego hago una tabla de aquagim), meditar y cuidar mi jardín.

¿Se siente más actriz que modelo?

Sí, rotundamente, aunque sigo ejerciendo las dos cosas. En 2021 he rodado *Juliette dans son bain*, del director Jean Paul Lilienfeld y Connemara, de la directora Isild Le Besco. En 2018 me dediqué al teatro, a las órdenes de Kenneth Branagh en Londres con *Romeo y Julieta*, y en 2019 interpreté durante un año entero *Berlin Kabarett* en París, una pieza de musical que disfruté muchísimo. Y ese mismo año participé en unos episodios de la serie española *Velvet* y todo se gestó por azar. Yo pasé por Madrid en 2017 y en una entrega de premios coincidí con el equipo de *Velvet*, una serie que había visto y que me había gustado mucho. Me presentaron a Cristina Otegui y hablamos un buen rato. Así es que allí mismo me presentó al productor, le dije que me encantaría participar en la serie y creó para mí el personaje de Sandra Petribello. Recuerdo con muchísimo cariño a todo el equipo.



Detalle de la chaqueta vintage que perteneció a la gran Elsa Schiaparelli, su abuela, de terciopelo negro con flores en tono coral bordadas.

La meditación es su compañera de viaje desde hace años.

Siempre he tenido inquietudes espirituales, desde niña ya me planteaba cuestiones existencialistas como si realmente existe Dios, qué significa la fe, qué tienen en común las distintas religiones, etc. A los 18 años estaba en India, realizando unas fotos para Vogue, y me enteré de que Maharishi Mahesh Yogi, gurú de la Meditación Trascendental, estaba allí cerca iniciando en esa práctica a quien se interesara. Fui y coincidí con los Beatles, que habían viajado para iniciarse. Ahí empecé mis prácticas de meditación y durante muchos años seguí esa línea y me hice vegetariana estricta, aunque luego lo dejé. Ahora como de todo excepto carne roja.

Practico la técnica de la visualización y empiezo cada día de mi vida meditando. Eso ha sido clave para superar situaciones muy difíciles y dolorosas de mi vida.

En este punto de la entrevista la mirada de Marisa se nubla. Berry, su queridísima y única hermana, murió trágicamente pero su presencia sigue muy viva. Trabajaba como fotógrafa de moda y, gracias a su profesión, conoció al que se convertiría en su marido y padre de sus dos hijos, Anthony Perkins. Juntos tuvieron una vida apacible y discreta hasta la muerte del actor, el 11 septiembre de 1992. El mismo día, pero nueve años más tarde, Berry tomó el vuelo 11 de American Airlines, el primer avión que se estrelló contra una de las Torres Gemelas.

¿Cómo se sobrevive a una pérdida así?

Yo ya no tengo miedo a nada. La fe y mis prácticas de meditación me

han ayudado a sobrevivir. Y, por mucho que los demás te animen y te acompañen, el consuelo has de buscarlo dentro de ti. Cada día de mi vida empieza para mí meditando y dando gracias por lo que tengo y por lo que soy. Mi hermana está siempre junto a mí. Hablo mucho de ella, de los bellísimos recuerdos que tenemos juntas, de su luz, de su talento y del amor inmenso que nos profesamos. Todo lo demás es personal y privado. Todas las personas en la vida han pasado por tragedias y pérdidas: yo no soy la única. **T**

Agradecimientos: Assouline (assouline.com), Marisa Berenson @dmanagement group y Oficina de Turismo de Marruecos en España. Villa Happy Marrakech (villa-happy.com). Maquillaje y peluquería: Yurema Villa (Ana Prado) para Guerlain y Mön Icon Team.